

Las respuestas a estas preguntas me resultan elusivas y me siento casi al borde de declararme impedida para hacer esta reseña, pues conozco a Nahum, y lo aprecio, y no sé como decir, entonces, que su novela me dejó llena de interrogantes no tanto sobre Rodrigo Lara, sino sobre los géneros, los estilos, la poética en la prosa, el transgenerismo literario, la nueva crónica... Si Nahum lee esta reseña algún día, supongo que se dará por bien servido y soltará una carcajada sonora y despreocupada al saber que su novela me confundió, pues mientras trabajamos juntos supe que era una persona alejada de los convencionalismos y las linealidades, a quien le gustaba más confundir que traer respuestas claras y cerradas o, como lo dijo Jesucristo, que se ha trazado como misión sembrar no la paz (en este caso mental) sino la guerra.



No es que no valide el transgenerismo literario. De hecho, en los tiempos de hoy todo y todos somos transgeneristas: existe la música de fusión, hombres, mujeres y otros géneros nos ponemos la misma ropa, los metrosexuales ya no sólo son objeto de entrevistas en la prensa, sino que se ven en la calle y en la casa, los formatos televisivos son híbridos, etc. Desde luego, lo mismo pasa en la literatura. Ya no es tan fácil separar la crónica periodística de la novela o el cuento, ya los poemas no se escriben en versos con una métrica determinada ni mucho menos, la dramaturgia se ha convertido en *performance*, etc. Todo esto me parece no sólo bueno sino inevi-

table. No hay marcha atrás y siento que está bien ya que no añoro para nada ni el tiempo de los abuelos ni el de los bisabuelos. Sin embargo, en la novela de Nahum Montt no logro celebrar este transgenerismo posmoderno y, más bien, me deja un mal sabor, quizá porque me hice expectativas distintas a las que el autor mismo tenía o a aquellas que la editorial quiso promocionar.

Entonces, para que mi confusión no se transmita a los lectores de esta reseña, a quienes de manera enfática les recomiendo que lean el libro y se formen sus propios juicios, para terminar quiero incluir las palabras del autor, en una entrevista que aparece en la página web de Estereofónica.com cuando responde a la pregunta de porqué una novela sobre Lara Bonilla. En estos fragmentos de entrevista se expresa, de manera muy clara, cuál era la intención del autor al escribir la novela y, por ende, los lectores podrán juzgarla contra este parámetro.

¿Por qué Nahum Montt escribió una novela sobre el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla?

Desde la misma escritura de El eskimal y la mariposa —novela que explora los magnicidios ocurridos en Colombia en 1990, cuando fueron asesinados en plena campaña presidencial los candidatos Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro—, comencé a dilucidar una trama secreta que vinculaba estos crímenes con el de Luis Carlos Galán y el de Rodrigo Lara Bonilla. Digamos que estas muertes son las puntas visibles de un iceberg, son destellos que alumbran y nos conmueven en nuestra historia reciente. Crímenes impunes. Y estas novelas se escriben sobre ese manto de impunidad.

Comencé a investigar sobre el personaje y me encontré con muchas sorpresas, pues conservaba la imagen mediática de la época y descubrí un ser humano ejemplar, de principios, con un sentido profundo de lealtad, que cuando era más vulnerable fue abando-

nado por quienes se suponían eran sus más cercanos colaboradores. Y en esas circunstancias adversas nunca agachó la cabeza y continuó adelante, cumpliendo con su deber.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Una novela negra no tan negra

Los viernes son para Flash Gordon

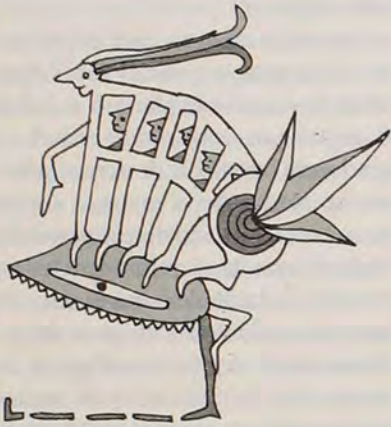
Jaime García Saucedo

Editorial La Serpiente Emplumada, Bogotá, 2008, 210 págs.

Los viernes son para Flash Gordon es una novela que puede inscribirse dentro de lo que la crítica especializada ha dado en llamar *novela negra*, la cual se desprende o, mejor, es hija directa de la novela policíaca. Creo que su autor Jaime García Saucedo, colombo-panameño para más señas, teje su historia con muchas de las características que debe tener una novela de este género.

Sin embargo, también introduce en ella un ejercicio narrativo que, al mismo tiempo, pareciera negar esa condición. ¿Estamos, entonces, ante el desarrollo de una manera diferente de enfrentar la novela negra o de un avance que, valiéndose de muchas de sus características, generan un estilo novedoso y, de alguna manera, distinto? Voy a ensayar darme una respuesta. Comienzo por decirme que sí aunque, como es usual en nuestro país, por no ser publicada por una gran firma editorial, multinacional de ser posible, e impulsada por una campaña mediática bien precisa, se quede en el territorio de lo desconocido y, por tanto, a los críticos poco les interese desentrañar si es negra, blanca o amarilla. O a qué rama del árbol genealógico de la narración contemporánea pertenece. Y su autor estará en la obligación de hacer un trabajo que no le corresponde.

Ya lo decía Ryszard Kapuscinski al responder una de las preguntas que le hicieran en una de tantas entrevistas: "La situación del escritor cambió desfavorablemente. Antes su deber se limitaba a la creación de libros; ahora no sólo escribe sino que debe encontrar editorial, perder el tiempo en la promoción, hacer sus propias críticas. Prácticamente nos convertimos en esclavos de la profesión, con escasas posibilidades de dedicarnos libremente a escribir".



En primer término, volviendo a la novela de García Saucedo, me parece que puede calificarse así porque es una novela realista. Ya se sabe que la novela policíaca o policial, como la llaman algunos, es uno de los hitos de la novela realista del siglo XIX. Es indudable que una novela con esta característica debe eliminar todo lo superfluo y accesorio. Aquello que complique el acercamiento del lector al esclarecimiento de los hechos. Nada debe dejar entrever que es una ficción, por el contrario, lo narrado debe ser absolutamente cierto. O parecerlo. Aquí radica uno de los rasgos esenciales de la novela negra, que la convierte, de este modo, en novela urbana, social y realista por antonomasia.

En nuestra calle vivía, precisamente, al frente de la casa, la negra Issa y su hija Bonita, una chica con salero, pizpireta y con atractivo suficiente como para tener de amante a un judío comerciante del sector norte de la ciu-

dad. Dos casas hacia el sur de la calle, los Mayo tenían un consultorio para sacarle muelas sin anestesia a los parroquianos y al lado estaban los Estrada cuya hija mayor frisaba los treinta años. Era una mujer algo alocada y medio tonta que los muchachos insolentes del barrio llamaban Cuaco, por su cuello largo de pelicano. El resto del vecindario se componía de gente de familia bienvenida (sic) a menos y algunas otras no tan recomendables con hijos ladrones y mujeres casquivanas. [pág. 139]

En segundo término, porque uno de sus personajes principales debe ser un detective y sin él no existiría la novela policial y mucho menos la negra. Y García Saucedo lo introduce como personaje esencial, aunque no sea el protagonista de esa suma de historias que conforman su novela. Esta última característica de su estructura, pareciera eliminarla del género. Eso me genera la duda. Es por eso que me parece interesante hacer el ejercicio completo de verla dentro y fuera del género, pues es una manera de acercamiento que un buen comentarista debe hacer para que otros encuentren una guía, aunque el placer de la lectura no la haya pedido y en últimas tampoco la necesite.

Mejor aún, es una forma de satisfacer la manía que tenemos quienes nos atrevemos a comentar un libro de encasillar el tema, cuando no al autor, para facilitar su comprensión. O para demostrar que se sabe mucho. Esa taxonomía literaria es más didáctica que artística, pero es útil a la hora de explicar nuestras razones, aquellas por las cuales nos atrevemos a recomendar la lectura de un libro.

Por qué es negra

La novela policíaca tiene como fundamento la búsqueda de la verdad y el imperio de la ley. Quienes luchan por su dominio, a la postre sus héroes, son miembros activos de los aparatos judiciales y de policía,

aquellos que el Estado sostiene para garantizar la seguridad y el normal discurrir de la vida en una comunidad. De ahí su nombre. Siempre se trata de hechos que se investigan en escenarios pertenecientes a las franjas altas de la sociedad, como la aristocracia y la alta burocracia, y un policía acucioso que desentraña el misterio del crimen y pone tras las rejas al asesino. La sagacidad y la inteligencia son sus armas para lograr el imperio de la verdad.

Famosos detectives de esta corriente narrativa han sido Sherlock Holmes, creado por sir Arthur Conan Doyle; Hércules Poirot y miss Marple, surgidos de la pluma de Agatha Christie, y Philip Marlowe, de la invención de Raymond Chandler, tres autores necesarios para conocer qué es la novela policial.

Debo advertir que, por supuesto, en la novela de García Saucedo aparece un detective, de nombre Ismael Cambero. Aún no sé si él seguirá desentrañando misterios y aclarando crímenes en próximos libros del autor. O es sólo un personaje circunstancial y no forma parte de una serie de episodios, de una saga investigadora, algo que también es una de las características de la novela policial.

El día viernes 7 de abril conozco al investigador Ismael Cambero, un tipo de cincuenta años, alto, corpulento, con la piel morena y cabello negro abundante. Sus ojos de verde intenso me miran con insistencia. La tensión acumulada por los años dedicados a desvelar crímenes de toda laya le han pasado la factura. Nos hemos citado para desayunar en la cafetería del Pasaje Santander en la carrera séptima con 18. Pedimos huevos revueltos y café con leche. [pág. 100]

Pero, como decía al principio, se emparenta más con la novela negra, que se desprende de la policial, aunque mantiene el sentido de la investigación en cabeza de un detective, ahora no tanto un oficial de policía como un investigador privado, de

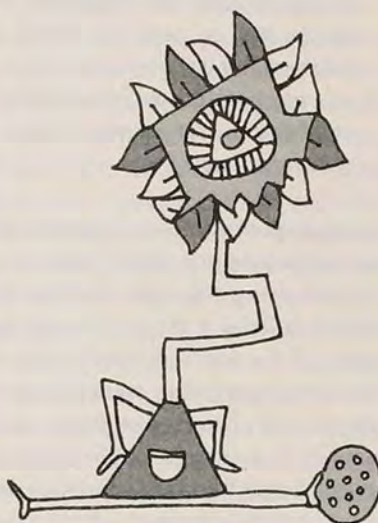
bajo perfil aunque muy efectivo en sus pesquisas. Lo que cambia entre la novela policial y la negra son los escenarios donde se desarrollan los hechos o, como los llamamos hoy, los estratos sociales, esos que en la policial habían sido el mundo visible de la sociedad, es decir las clases altas, y en la negra deriva hacia los bajos fondos, las barriadas, los suburbios, los barrios de invasión, el mundo oculto de la sociedad.

Encontraron su cuerpo tendido boca arriba en medio de la sala mientras el acetato de treinta y tres revoluciones giraba y giraba en el aparato de fabricación alemana. Había sido un disparo certero, trabajo preciso con pulso firme el que atravesó su cerebro. El crimen fue perpetrado probablemente a las tres de la mañana del miércoles dieciocho de diciembre. La alfombra donde yacía Norma Desmond quedó cubierta de sesos. Blancuzcos parecían pedazos de queso pisoteado. [pág. 192]

Este cambio de escenario se sucede particularmente después de la Primera Guerra Mundial, con la aparición de investigadores que también pertenecen al mundo privado, pero enfrentados ahora a un hampa organizada. No es el asesino refinado y sutil sino organizaciones criminales dedicadas a desestabilizar la sociedad con la búsqueda de su propio beneficio por encima de toda circunstancia. El protagonista no sólo debe vivir vinculado con esos sórdidos enclaves del mal sino que debe apropiarse de su lenguaje vulgar, cínico y directo. Y mucho de su cultura urbana, de tribus sin control.

Tan radical derivación, si puede llamarse así, es la que nos descubre la llamada novela negra, de tanto auge en los Estados Unidos. Su importancia radica en que se convierte en el retrato de la sociedad corrompida, en contubernio con las mafias, que produjera luego la gran depresión económica, y en una crítica mordaz al gobierno sostenido por la corrupción y el chantaje. No

olvidemos que luego se consolida en la televisión con el surgimiento de numerosas series, en las que aparecen detectives, de los más diversos pelambres, que luchan contra el imperio del mal, cada día más extendido y más sofisticado, como es de todos conocido.



Por esos postulados es que me parece que *Los viernes son para Flash Gordon*, de García Saucedo, es una novela con un marcado sello de novela negra. Cada personaje, cada escenario está detallado con suficiencia y es reconocible, así no lo conocamos, como si fuera parte de nosotros mismos. Es obra del realismo, por supuesto.

A esa suficiencia del relato se agrega el manuscrito dejado por el detective Ismael Cambero, uno de los mejores momentos de la novela, que se constituye en la prueba más contundente para demostrar que el libro pueda ser considerado como del género negro. Y, precisamente, para confirmarlo, Cambero encarna al antihéroe, un personaje sin ninguna grandeza, un escritor frustrado que se ve impelido al trabajo de investigador y, por supuesto, con todas las intenciones de acertar en su avance por los vericuetos de los bajos fondos capitalinos.

El misterio continúa vivo. Sólo queda esperar. Estoy francamente fastidiado. Cambero, cuando le

hablo de lo acontecido en el Parque Santander, sólo sabe decirme que fue algo de lo cual no debo preocuparme. Este investigador no me sirve, aunque sí me sirve el haber encontrado de nuevo en esta tarde soleada a la chica de la otra vez. [págs. 112-113]

El antihéroe, tan en boga en las novelas contemporáneas como en el cine, es un invento de la novela negra, una modalidad surgida de la sociedad en los Estados Unidos en la década de los años veinte del pasado siglo.

No sobra advertir que el precursor de la novela policial fue Edgar Allan Poe, quien le planteó al lector el juego de descubrir una verdad, en apariencia imposible de desentrañar, con las armas de la razón, a través de una investigación detectivesca. Es evidente que la novela negra es un producto netamente estadounidense, que pasó a Europa y luego se difundió en países donde la avalancha de corrupción, de crímenes y de mafias hacen viable, y muchas veces necesario, su desarrollo.

Por qué no es totalmente negra

Tanto la novela policial como la negra tienen como fin último el esclarecimiento de los hechos y el establecimiento del imperio de la verdad. En la novela de García Saucedo quedan muchas cosas en entredicho o, mejor, su autor deja abiertos muchos interrogantes, que aspira sean resueltos por el lector, con lo cual contradice uno de los fundamentos de la novela negra: no se puede jugar con el lector. No se pueden crear dudas y en lo posible se deben dar las claves para absolverlas, precisamente porque no se trata de un engaño sino de un esclarecimiento en procura de la verdad.

Además, García Saucedo reúne cuatro relatos para darle cuerpo a su novela, lo que significa que no es uno solo, lineal y conducente al esclarecimiento de los hechos. En este sentido, sólo el manuscrito de Cambero puede considerarse con certeza ceñido a las características de la nove-

la negra y por eso mi atrevimiento de ensayar verla desde esta óptica. Lo que sucede es que la estructura planteada no ayuda para nada al encasillamiento de la novela en un solo género y es por eso que la considero una de sus variantes estilísticas.

Entiendo que la novela negra, en la forma como la concibieron los escritores estadounidenses, hoy ya no se escribe. Se supone que el hampa y los bajos fondos son mayores, qué duda cabe, y son distintos, pero la literatura que da cuenta de ellos hoy en día se ha fundido con otros géneros novelísticos. Quizá por ello esta novela sea un ejemplo de esa apropiación de la investigación y el accionar detectivesco como parte de su desarrollo, aunque menosprecie el imperio de la ley, o no le importe mucho frente a la relevancia que le da al testimonio de una época y una sociedad bien definidas en el contexto de la narración.

Entonces, puedo decir que es más un juego ficcional que la absoluta búsqueda de la claridad en la conducta de esos hombres que nacen, crecen y algunos mueren en el universo cerrado de la novela.



Precisamente, la decadencia de la novela negra se da porque otras formas narrativas toman su espíritu, aunque no cumplan con sus postulados, como los llamados *thrillers*, de mucho auge en nuestros días. A mi

juicio, en esta forma lo que hace la novela negra es avanzar hacia estilos más abiertos, sin normas acartonadas y predecibles en su desarrollo, conservando, como es obvio, elementos esenciales de su composición estética.

Cómo es la novela de Jaime

Flash Gordon fue el personaje creado por Alex Raymond en la década de los años treinta del siglo pasado, que se constituyó, entre otras cosas, en una historia pionera de las aventuras escenificadas en el espacio. Aunque la creó como una tira cómica, pronto se vio llevada a seriados de televisión y luego al cine. Precisamente, esta historieta, que deleitara a niños y jóvenes desde 1934, inclusive hasta 1958, es el pretexto que García Saucedo utiliza para escribir su novela, que cautiva desde el principio, y la cual tituló, precisamente, *Los viernes son para Flash Gordon*.

La novela está integrada por cuatro partes, cuatro relatos que en un momento confluyen para darle sentido a la historia. La primera, titulada “Conversación en agosto de 2005 con una *femme fatale* llamada Vielka”, nos pone al tanto de un manuscrito dejado por Ismael Cambero, panameño como el narrador, que se convierte en detective por necesidad. También nos descubre al narrador y nos recuerda su trabajo como escritor y periodista en una Panamá que está presente siempre en sus recuerdos. A partir de este momento comienza a ser visible el detective, como clave de unión de los relatos restantes que componen la obra.

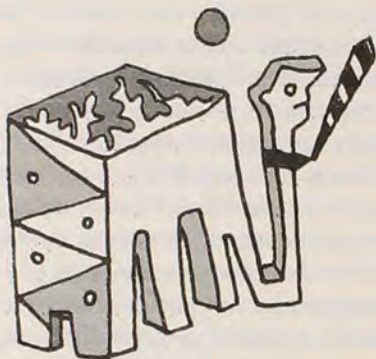
Vielka me da un beso fugaz y tierno en los labios; sin decir palabra se aleja y yo me quedo en la esquina de la carrera cuarta a un costado del antiguo Hotel Continental observando cómo su figura se va perdiendo en la distancia. Mil ojos tiene la noche, pienso, y aferro contra mi pecho el último manuscrito de Ismael Cambero que será mío para siempre. [pág. 16]

La segunda parte, que lleva por título “*Los viernes son para Flash Gordon*, novela escrita en Bogotá durante 1985 y publicada en 1990 por la editorial panameña La Mola Azul”, contiene aspectos de la infancia del narrador y la curiosa presencia del héroe de la serie norteamericana como marca de infancia, alimento de la fantasía. A lo largo de sus 34 apartes se descubre la historia personal del narrador, me temo que muy parecida a la del autor. Lo digo porque García Saucedo es muy dado a llevar la realidad a la literatura, como él mismo lo ha manifestado en algunas oportunidades. Cuando uno descubre que *Los viernes son para Flash Gordon* es una novela dentro de la novela, entonces comienza a entender cuál es el juego planteado por el autor. Y el hecho de que el narrador deba contar los episodios de la serie cada viernes a Miguelito, el muchacho ciego por culpa de un accidente, hace de la historia un interesante juego de contar anécdotas y un ejercicio literario refrescante.

Sobre Flash Gordon y sus aventuras, recuerdo que no había quién me aventajara en datos y asuntos precisos. Por supuesto, no era el único conocedor del tema y esto provocaba competencias acaloradas en el colegio para saber quién era el poseedor de más datos sobre la serie y sus innumerables caracteres. Las confrontaciones consistían, a veces, en dar con la clave de la solución a los peligros que debía enfrentar el personaje y de su estrategia para salir airoso en los capítulos que veíamos viernes tras viernes. [pág. 39]

La tercera parte, “Sobre extraños sucesos acaecidos en Bogotá entre marzo y abril de 2005”, es el pretexto para el desarrollo de personajes y sucesos que emparentan los relatos anteriores. En ella hace su aparición el detective, que ayuda al narrador en el esclarecimiento de algunos de los sucesos que conforman esta parte de la novela.

Ismael Cambero ha regresado a Bogotá, pero sin Fredy, quien se quedó en Bucaramanga por traslado definitivo. Ahora, sentado frente a mí, en este Café Pasaje donde nos hemos citado a las cuatro de la tarde, hablamos sobre el último mensaje recibido. Afuera la Plazoleta del Rosario parece un mercado persa. [pág. 111]



La cuarta y última parte se titula “Último manuscrito del investigador Ismael Cambero escrito entre diciembre de 2004 y enero de 2005”, en ella no sólo entrega elementos para el esclarecimiento de los hechos que han sido motivo de la novela, la cual, al mismo tiempo, pareciera quedar sin resolver, sino que concentra el sentido negro de la historia. Son dieciocho partes muy intensas, que se leen con avidez, como sucede con toda novela negra. Esto confirma mi hipótesis inicial.

Aquí he vivido siempre, pensaba, con la soledad auestas metido en las jornadas cotidianas como pululante atrapador de signos entre un descanso y otro, siempre metiendo las narices para develar secretos y homicidios como el del guapetón Javier Rojas cuyo retrato tenía frente a mí. Este era otro bello cadáver para una larga lista de casos que iban acumulándose en mi carpeta desde hace diez años. [pág. 174]

Si nos atenemos a la cronología, el orden de lectura debería ser otro, quiero decir, distinto a como está presentado en la novela: primero la

parte que da título a la novela (parte 2), lo cual permitiría pensar que el resto es una segunda parte de ella, como lo desea el narrador, página 102; luego el manuscrito de Cambero (parte 4); en seguida los sucesos de Bogotá (parte 3) y por último la entrevista (parte 1). Sin embargo, este ordenamiento no aclararía nada, tal vez sólo nos dejaría de presente que el narrador hace el periplo de Ciudad de Panamá a Bogotá, hasta el fracaso final. Por algo la estructura de la novela está basada en el desorden o, mejor, en el entrecruce de los relatos, teniendo como origen Ciudad de Panamá y como destino final Bogotá.

Por esto tal vez mi presunción de verla dentro del género negro se haya quedado sólo en la ilusión y a la postre Jaime García Saucedo sólo haya escrito una novela más, no un avance de la novela negra, sino una mixtura que combina aspectos de *thrillers*, de novela negra, de diario de infancia y, finalmente, la narración afortunada de un amor por Panamá que el narrador no ha podido olvidar a pesar de haberse apropiado de Bogotá y, por supuesto, de Colombia, como sostenimiento o, mejor, como un soporte para seguir en la vida. Residencia que se concreta después del exilio del narrador por causa de la caída del dictador Omar Torrijos, la invasión estadounidense y la consiguiente persecución a quienes van un poco más allá de aplaudir la arrogancia del poder. Es más, el encadenamiento de sus partes nos descubre el conocimiento profundo del narrador de las dos nacionalidades, tanto física como espiritualmente, lo que convierte a *Los viernes son para Flash Gordon* en una novela interesante, para leer con entusiasmo, documentada, aunque sin la prepotencia de los eruditos y que nos lleva de la mano por las calles de dos ciudades que sentimos conocer aunque no hayamos estado en ellas.

Debo agregar que en la novela el autor maneja el lenguaje con gran solvencia, lo que demuestra su experiencia narrativa, su ejercicio permanente en la escritura. García

Saucedo utiliza un lenguaje preciso, sin demasiados alardes estilísticos, lo cual permite que su lectura sea fluida. Se cuelan algunas metáforas, pero no hay sobrecarga de ellas, esto hace de la lectura una experiencia agradable, sin la complicación de rebuscados esquemas mentales.

El autor

El poeta y escritor colombo-panameño, Jaime García Saucedo, nació en Barranquilla en 1938. Realizó estudios en la Universidad de Panamá, Universidad Nacional Autónoma de México y Pontificia Universidad Javeriana. Residió en Panamá donde obtuvo la nacionalidad y ejerció la docencia y el periodismo cultural.

Ha vivido en México, Panamá y Miami. En la actualidad ejerce la cátedra de posgrado de cine y literatura en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, donde obtuvo el Doctorado en Letras.

“Panamá significa para mí: la niñez, mi juventud, casi la mitad de mi vida. Allí fue donde yo me formé, le debo a ese país mi formación intelectual; yo soy egresado de la Universidad de Panamá como profesional de la literatura y la comunicación social”, es una de sus respuestas a una entrevista que le hace Yezzed López Barón, uno de sus alumnos de la universidad.

Jaime García Saucedo ha publicado los libros *Poetas jóvenes de Panamá: 1969-1982* (1982), *El jardín de los dóberman*, novela con la que obtuvo el premio de novela corta en Manizales en 1997, *Escrito en Coral Gables* (1998), *La estética de lo posible* (2002), *Diccionario de literatura colombiana en el cine* (2003), *Cuentos festivos* (2006) y *La cámara y la tinta* (2006).

Su novela *Los viernes son para Flash Gordon* es, en suma, una novela divertida, madura y bien escrita, que ojalá muchos lectores se animen a disfrutar. Así no haya podido demostrar que es negra o haya permitido la sensación de que deja de serlo porque su autor se propuso divertirse y a la postre divertirnos con

este ejercicio narrativo y, definitivamente, yo haya equivocado el camino de la interpretación.

BENHUR SÁNCHEZ
SUÁREZ

Nada más que un triste hueso

**Muerto, vendido y desaparecido
para siempre**

Fernando Iriarte M.

Uniediciones, Serie novela negra,
Bogotá, 2005, 154 págs.

Desde que vemos un título como *Muerto, vendido y desaparecido para siempre*, nos enfrentamos a tres certezas. La primera, que al tratarse de novela negra es absolutamente necesaria la 'presencia' de un cadáver para validar su discurso. La segunda, que dicho muerto estuvo posteriormente envuelto en algún asunto comercial, algún macabro trueque, alguna celada, y la tercera, que este muerto no tendrá jamás cristiana sepultura. El título nos pone al tanto de cosas que debieron haber sido veladas en beneficio de la intriga y que aquí nos hacen ciertas cosas demasiado sencillas. A continuación, en cuanto buscamos una nota biográfica de su autor, Fernando Iriarte, descubrimos que, al parecer, se trata de un fantasma que sólo es recordado por los comentarios de carátula hechos por Luz Mary Giraldo. Ella nos cuenta, a manera de reseña, algo de la novela sin hablarnos en lo más mínimo de Iriarte. ¿Error del autor? ¿De los editores? ¿Acaso de Luz Mary Giraldo?

Muerto, vendido y desaparecido para siempre es una suerte de experimento literario sobre uno de los temas que más han interesado a Iriarte. Esto es, todo lo concerniente a la cultura musulmana y, ya como eje de esta novela, a su migración a la costa Caribe colombiana. Desarrollada en tres capítulos, cuyos títulos delatan

por igual una enorme pobreza en ingenio ("El extravío", "La búsqueda", "El hallazgo"), la historia sirve de pretexto a su autor para allanar otros terrenos de rigor en aquellos géneros que más ha cultivado: el ensayo y la crónica. Iriarte quiere hablar de política —someramente—, de violencia, de pobreza, de secuestro, de historia, de arqueología, y quiere hacerlo desde la ficción. Lo hace, en efecto, sólo que la trama colapsa, se enreda, perdemos el rastro y luego nos encontramos en medio de la nada. El experimento funciona y a veces falla, de pronto resulta que cambiamos de lugar —Iriarte trastoca todo—, y en seguida nos damos cuenta de su ardid, *Muerto, vendido y desaparecido para siempre* no es una novela, es un pequeño guion cinematográfico. Vamos al libro.



Nazim Hussein, próspero comerciante egipcio radicado en Cartagena de Indias, ha desaparecido de forma misteriosa. Su esposa y sus hermanos inician una intensa búsqueda recurriendo a toda clase de organismos internacionales y acudiendo, por último, a la ayuda de un investigador y periodista, Nicolás Pimiento. Iriarte va y vuelve sobre otras historias que después conecta para no perder aquel elemento sorpresa —la inteligente resolución de un Hércules Poirot— que ha de hacer válida su novela negra. Hace constantes paneos, tomas rápidas a través de constantes descripciones espaciales aparentemente ajenas a la escena que se desarrolla y habla de lugares reales en Bogotá, Cartagena y Barranquilla. Describe la carrera séptima en Bogotá, algunos

bares de culto, cafés y personajes del común que incluso hoy día podemos encontrar en el lugar y la hora indicados. Periodistas, chulos e informantes tejen toda una cadena de espionaje para resolver el caso de Hussein junto a otros dos casos que terminan por conectarse —vaya astucia— y que hacia la mitad de la novela nos hacen pan comido el juego detectivesco. Un político envuelto en escándalos, un caso de homicidio colectivo en la Universidad de Barranquilla y, dicho sea de paso, un comerciante extranjero a quien han drogado y abandonado en las afueras de Cartagena. ¿Más pistas? Iriarte recorre la vida de otras personas hasta el momento ajenas al intríngulis de su narración central, el juego es válido, muy inteligente si se quiere, pero los imperfectos de su complejo armazón hacen que todo termine por venirse abajo y sólo nos quede la satisfacción de encontrar episodios audaces, categóricos, dignos de ser llevados a la pantalla. Para explicarlo un poco más en detalle, baste con revisar el primer capítulo y encontrar una historia narrada con ingenuidad, mucha sintaxis elemental, frases muy al estilo cartilla *Nacho* y recursos gastados o demasiado pretenciosos como tratar de buscar sinónimos a palabras que repite, por fuerza de su discurso, y en los cuales resulta peor el remedio que la enfermedad. Para no repetir más de tres veces la palabra *taxi*, Iriarte decide reemplazarla por esta barbaridad, *auto rentado*. Por ahí van las cosas a cada momento, construcciones gramaticales extrañas o mal formuladas y, en general, miedo de hacer frente a los recursos. Dicho miedo se apacigua y encontramos un segundo y tercer capítulo bastante fluidos. A veces sentimos que entre este primer capítulo y el resto del libro hubo un tiempo de mesura, un ligero descanso en que su narración cobró una forma más madura. El resultado: dos retazos pegados con babas.

La novela tiene la propiedad de poseer momentos de algidez, otros de repentina acción, junto a otros de obligadas interjecciones históricas